Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII | San José, Costa Rica | **1931** | Sábado 17 de Octubre | Núm. 15

Año XIII. No. 559

SUMARIO

Prólogo del libro Rubén Darío, americanismo y casticismo de su obra

= *Envío del autor.* El libro lo ha editado la Universidad de Harvard, U.S.A., en estos días de octubre. Precio: $ 5.00 oro am. 300 pgs. Edición lujosa. =

Del continente nuevo, del continente fragoso de mar y de revoluciones salió este poeta descomunal y exquisito. No basta el estudio crítico para definir su personalidad; es menester el ditirambo y la loa. Fue grande entre los mayores, exquisito entre los quintaesenciados, puro entre los clásicos. Su nombre es llevado en alas de la gloria y ha atravesado las tierras colombinas, y ha sido en Europa revelación de milagro. Toda la América Central pretende poseerle; Chile se atribuye el honor de haberle iniciado en el culto de los maestros franceses; Argentina le incorpora a su literatura; España le declara gran poeta de la lengua y Francia le llama por boca de sus más autorizados críticos, hijo predilecto de su espíritu. Es hoy nuestro poeta continental. Por un capricho de la suerte se le señala como abanderado del movimiento modernista, aunque él mismo lo dijo bien claro: "mi literatura es mía, en mí, yo no tengo escuela". Su nombre brilla en el horizonte de nuestra vida literaria, muy por encima de escuelas y tendencias. Fue romántico por su independencia artística, por su entusiasmo y su fervor, por el culto supremo de su yo; fue clásico por la pureza de su dicción, por sus altos ideales, por la armonía total de su obra y por su serenidad; y fue modernista porque trajo nuevos temblores de sensibilidad a nuestra poesía, porque abrió nuevos caminos y porque antepuso su afán de renovación a todo deseo de triunfo fácil e inmediato. Pasará el modernismo y el nombre de Darío vivirá lo que viva nuestro continente. Su obra seguirá siendo materia de estudios para eruditos y poetas



Rubén Darío

y se repetirá el caso ya tradicional entre los grandes poetas de todos los países, porque su obra es la resultante de todos los esfuerzos dispersos de los poetas anteriores que en forma de antena se alarga hacia el futuro para mostrar a los que vendrán nuevos senderos de belleza y de armonía.

Sin ser un Góngora desbocado y abstruso su influencia se ha hecho sentir en nuestras letras tan profundamente como la del ilustre cordobés; sin ser un Walt Whitman brutalmente original y dinámico el impulso que dió a la poesía de lengua española la ha llevado muy lejos. Los poetas de hoy, afiliados a escuelas modernas y futuristas, han negado a casi todos los maestros del modernismo pero observan una respetuosa admiración por el autor de *Prosas profanas*.

El estudio presente es producto de esta admiración. El autor ha creído que un estudio especial de la obra de Darío no desentonaría al lado de monografías dedicadas a poetas como Lamartine, Poe, Leconte de Lisle, Verlaine, Wilde y d'Annunzio y ha tratado de escribir una obra digna del glorioso nombre del Maestro. Si no lo ha conseguido no se atribuya el fracaso a falta de entusiasmo o fervor admirativo.

La parte inicial de este estudio la constituyen los capítiulos que versan sobre casticismo y americanismo, pero el autor ha creído necesario hacer la biografía del poeta. Sería ocioso negar que Darío ha sido influído por poetas de varios países extranjeros, desde Shakespeare hasta d'Annunzio. No creemos que haya un solo poeta moderno a quien no se pueda señalar antecedentes. Sin embargo, hay una gran distancia entre la imitación ciega y las preferencias estéticas afines. Por lo que se refiere a influencias francesas—las más manifiestas—ya el señor E. Mapes ha agotado la materia en un exagerado estudio que citamos más de una vez en esta obra. Persiste nuestra idea inicial: Darío es un poeta originalísimo que poseyó en alto grado el poder de la asimilación. Es

el poeta de nuestra raza y de nuestro continente.

En el curso de la obra el autor agradece tácitamente—por medio de citas—la eficaz ayuda de los verdaderos amigos de Darío. Es de lamentar que no exista una buena edición de las obras del poeta. En este estudio hemos usado para su obra anterior a 1888 las *Obras Completas* ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo y Andrés González y para su obra posterior la edición *Mundo Latino*, verificando siempre la exactitud de las citas en las primeras ediciones que pudimos conseguir con grandes dificultades.

Arturo Torres Rioseco

California, 1929.

Estampas

Un decreto más de la Unión Panamericana

Limón, una posible factoría del imperialismo yanqui

—*Colaboración directa*—

La flamante Unión Panamericana agrega este año a su repertorio de decretos dictados por mandato del imperialismo del Departamento de Estado, el que se refiere a Limón, el lugarcillo de Costa Rica bañado por aguas del Caribe, como puerto libre. Tenemos que postrarnos ante esa Unión protectora, especie de Corazón de Jesús cuyo entronizamiento en los hogares y en las fábricas y en todos los sitios hispanoamericanos en donde urja señalarla como redentora de nuestras miserias, veremos muy pronto ordenarse por alguna octava o novena conferencia. El primer paso en ese rumbo se dió ya con el decreto del *Panamerican Day*. Cuando ya nuestros gobiernos hayan celebrado muchos catorce de abril con elocuencia tropical y champaña francés, tomarán el pulso en Washington y encontrándonos a punto para recibir ungidos de gracia el suceso, nos darán cablegráficamente el decreto. Tenemos que establecer el culto de la Unión Panamericana. Son tantos los beneficios que ella aporta a nuestra prosperidad, desinteresadamente, con las cuotas pobrísimas que cada país tributa en dólares, que la recompensa está clamando en el corazón de los pueblos panamericanizados. Costa Rica recibe un beneficio tan estupendo con haberle decretado puerto libre a Limón, que la gratitud debe anticiparse y dar el grito de entronización del escudito de las veintiun banderas y la leyenda *Unión de Repúblicas Americanas* ceñida entre dos círculos. Qué lindas veríanse las puertas de nuestras casas si por ellas saliera el resplandor del trono levantado a la Panamericana. Y como complemento el Boletín de papel satinadó, llegado mes a mes a hogares y talleres y escuelas para ser leído con devoción. Esperamos que de Washington regresen los delegados de Costa Rica animados de este pensamiento maravilloso.

Y como todavía se puede hablar de la falibilidad de la Unión sin la condenatoria de réprobo, permítasenos incluirnos entre los que sólo ven en ese organismo una agencia funesta del imperialismo del Departamento de Estado. Al crédulo le adoban un plato que lo vuelve más crédulo y más imbécil. Pero si la Unión triunfa porque a estas poblaciones les falta vigilancia y sentido del peligro, la Unión debe encontrar unidades que no llevan, a la mesa en que comen un pan que no desmorona esclavitud, el manjarcillo que ella distribuye. Algún bien hacemos diciendo francamente nuestra desconfianza. Por lo menos con ser dicha en *Repertorio Americano* será leída por gente de habla inglesa. Y la gente de habla inglesa no es toda imperialista. Puede creernos inferiores, pero contra ese error está la energía que debemos oponer a organismos colonizadores de la índole de la Unión Panamericana. A esa gente tenemos que hacerle ver que si estos pueblos en las asambleas que el imperialismo organiza, están representados por señorones, no son ellos nunca los que han de decir la palabra libre. Aliados del imperialismo marcan el paso que éste acompase, fúnebre para la vida independiente. Hay voces que nunca oirá en sus propias fauces el imperialismo a que sirve la Unión Panamericana. Esas voces están por acá ejerciendo su vigilancia, hablando para poblaciones sordas, sacrificando su vida en la demanda del trato noble y justo, pidiendo respeto para las instituciones que las organizaciones capitalistas quieren podrir. Búsquelas la gente que nos desprecia por inferiores, que tolera esa Unión transformada de pobre agencia comercial, en ejecutora de las órdenes del imperialismo del Departamento de Estado. Si la busca penetrará en el sentido de defensa que la inspira, que da unidad a su existencia. La Panamericana no cuenta con la confianza de la gente nueva de la América nuestra, que la repudia por imperialista, por inútil en la vida de sacrificios que estos pueblos llevan.

Esa gente nueva no sorprende en la declaratoria de Limón en puerto libre nada que no sea una creación más del imperialismo del Departamento de Estado. Los listos se han regocijado y alardean de haber ganado una batalla. ¿De qué no hace alharaca el descastado? Es decir ¿de qué cosa inventada por el poder al cual ha subordinado los destinos de su país, no hace bufonadas que cree procederes de seriedad? ¡Batallas dicen estos miserables! Confían en que hablan a un país en tinieblas, en donde nadie les saldrá al paso a condenarlos por su infamia. Pero si engañan a muchos, digan los pocos que ese decreto relativo a la libertad de Limón para el comercio mundial no lo consiguió Costa Rica por medio de representante alguno. La Unión Panamericana ha dicho que debía darse esa categoría a Limón, porque así conviene a los designios del imperialismo. Acordémonos de que el grito de Limón puerto libre lo dió el funcionario que veía la agonía de nuestro puerto atlántico. Esa fué la primera estratagema de la comedia. Después la agencia periodística instruida para corear aquella insconsciencia, empezó a publicar editoriales inspirados en las hojillas poligrafiadas que distribuye la Panamericana. Así se preparaba el camino. Lo preparaba la Unión desde Washington acatando su organización, es decir, haciendo sentir de antemano que los puntos que ella someterá a la «deliberación» de la Conferencia, no serán discutidos sino aprobados por unanimidad. Y para su aprobación tienen los países panamericanizados que instruir delegados sumisos que propongan lo que ya se les ha mandado. Ese decreto de Limón elevado a la dignidad de puerto libre, estaba ya dado por el poder que mueve la Unión. No se ufanen los pactadores de la entrega de que ellos lo inventaron, ni de que han hecho a Costa Rica un bien inestimable. No quiere la Panamericana uniformar el parecer costarricense. Muchos en medio de los padeceres de la crisis actual vislumbran en el decreto el amenecer de días de pan y de llenura. Otros sólo ven esclavitud. El tiempo dirá que estos últimos han visto la realidad.

Son muy claras las huellas del imperialismo para no verlas a simple vista. ¿Quién dice que la agencia ejecutora de las órdenes del Departamento de Estado mira en la creación de un puerto libre en Costa Rica, otra cosa que no sea una base de aprovisionamiento norteamericana? La política imperialista impuesta por el Departamento de Estado en sus relaciones con los pueblos del Caribe es exclusivamente de dominio. A ninguna nación extraña a su imperialismo le abre facilidades que le den acceso a nuestros pueblos. Y mucho menos facilidades comerciales. Es necesario ignorar en absoluto la ruindad de esa política de exclusión, o estar aliado a ella, para regocijarse del decreto aplicado por la Panamericana a Limón. El Departamento de Estado ha formado un círculo dentro del cual tiene metidos a los pueblos del Caribe. El Canal de Panamá es el motivo de esa conducta. Uno de los hombres que en los Estados Unidos aspira a influir en la política del Departamento de Estado, Raymond Leslie Buell, ha dicho que como medida salvadora para conseguir la simpatía y la colaboración de nuestros pueblos, debe el Departamento hacer un pacto con ellos. En ese pacto se dirá que nuestros pueblos se imponen el deber y la obligación de no ceder o arrendar a un Estado no americano ninguna base naval o aérea, o derechos para construir un canal. Y Buell es contrario al imperialismo, trata de denunciarlo, incursiona por estas regiones y da sus informes. De modo que si un antiimperialista sienta el principio de no cesión ni

arriendo de territorio que sirva para bases a naciones extrañas a los Estados Unidos, ¿es posible creer en las bondades civilizadoras o de simple bienestar pregonadas por el decreto de Limón puerto libre? Sólo los imbéciles pueden a esta edad del imperialismo sollozar de alegría por un decreto esclavizador. Libertad le quieren aplicar a Limón, pero es la libertad administrada por el Departamento de Estado por medio de la marinería soez y funesta. El Departamento de Estado sólo acude a hacer ostentación de su grandeza de recursos allí en donde necesita clavar la estaca que le dé posesión eterna. A Limón lo necesita el Departamento de Estado como granero, como factoría. El Canal de Panamá está vecino y la necesidad de fortificarlo cada día más impone la expansión. Esa expansión pide ahora a Limón y bajo el pretexto de darle libertad para que el comercio del mundo se sirva de él dándole poder y fuerza que sirva a todos por igual, hace que la Panamericana lo eleve a una categoría de que nunca disfrutará. Será el almacén de mercaderías del comercio norteamericano, será el depósito de armas norteamericano, será la factoría administrada por norteamericanos. Porque hasta en eso de pensar que allí va a abundar el trabajo para el costarricense andan ilusionados los que por ignorancia sonríen con el decreto de libertad. Allí, de realizarse el decreto fatal, no habrá campo más que para el yanqui. El costarricense estará arrimado, como lo está con la United Fruit Co. No conseguirá otras funciones que las que el colonizador da al colonizado. En una colonia es imposible vivir otra vida que la de la esclavitud. Lo que ahora quiere el imperialismo es el punto de partida que lo deje salir a una conquista sin escándalos. Ya lo ha conseguido con el funesto decreto dado por influencias de la Unión Panamericana. Dentro de un tiempo habrá que apoderarse de Bahía de Culebra y de Golfo Dulce y entonces la Panamericana inventará en beneficio de cualquiera de las actividades del mundo el decreto que saque esos territorios de nuestra soberanía, siquiera aparente, y los ponga bajo el dominio del Departamento de Estado. Con el principio aconsejado por Buell de la no cesión a otros Estados que no sean americanos, toda creación de invención yanqui es exclusivamente para fines de la política imperialista. ¿Qué otros Estados necesitan bases aéreas o militares, derechos para construir canales? En esas andazas de expansión sólo se ocupan en el Continente los Estados Unidos. Y como el Continente no puede exponerse a influjos que dañen el imperialismo, en los Estados Unidos reside el control de todos los derechos que como entidad soberana tiene la América nuestra.

Algunos pensarán que el decreto de la Unión nada puede sin la aprobación de los congresos a los cuales tiene que llegar siguiendo el procedimiento del organismo imperialista. Pierdan esperanzas. No deja fracasar el imperio sus planes. Pasa tratados y cuanto necesita contando en todo momento con la complicidad vergonzosa de los hombres que en el Continente temen al Departamento de Estado, o son sus aliados por descastamiento. Lo único que puede aplazar la ejecución del decreto que deja en libertad a Limón para ser absorbido por el imperialismo del Departamento de Estado, es el desequilibrio interno producido en aquella nación por la conmoción que está padeciendo la economía universal. Si se produce un vacío que tengan que llenar con un talego de millones de dólares, entonces Limón seguirá viviendo su vida de reposo. ¡Cómo lo sentirán los augures que han puesto todas las modulaciones que caben en la voz del liberto, para pintarnos las eras innúmeras de bienestar material!

Juan del Camino

Cartago y octubre del 31.

Soledad

= De la obra *El Surtidor de Estrellas*. Ediciones del «Repertorio Americano». San José. 1929. =

Esta noche
el mundo es grande.
El mundo es grande, y yo estoy solo;
solo bajo la luna, y bajo mi tristeza.
Voy por la carretera
blanca
entre el lago y las montañas:
voy por la carretera interminable y polvorienta,
agobiado,
como un indio,
bajo el cacaxtle de mi soledad.
Porque esta noche
angustiosa
está pariendo al mundo;
esta noche está brotando,
como una rosa negra,
un mundo nuevo:
el mundo informe de mi dolor;
y el mundo es grande, y yo estoy solo.
Y si no encuentro en esta noche compañía,
es que no soy *compañía*
para los hombres,
ni para las mujeres,
ni para los niños:
ES QUE NADIE ME NECESITA.
Porque sólo es compañía
el que se siente necesario a los demás,
aquél que es un apoyo
o un consuelo
para un hombre.
o para una mujer,
o para un niño;
aquél que es un consuelo o un apoyo
siquiera a un animal
o a una planta:
y a mí nadie me necesita:
y el mundo es grande, y yo estoy solo.

Y así voy, entre la sombra inmensa,
por entre la belleza
informe
de la Noche,
bajo la luna y sobre el mundo;
agobiado,
como un indio,
bajo el cacaxtle de mi soledad;
voy por la carretera interminable y polvorienta,
titubeando y tropezando,
como beodo de dolor,
entre la niebla de mis lágrimas:
como si en vez de ir por los caminos,
fuese sin rumbo en los espacios,
tropezando con guijarros de estrellas,
envuelto el una niebla cósmica,
envuelto en la cauda nebulosa y luminosa del dolor humano,
como un cometa en formación.

Y mi dolor es mío,
mío,
sólo mío;
y mi dolor es grande,
como todos los dolores;
porque es un dolor sin motivo,
un dolor
incomunicable e informe,
como todos los dolores;
y mi dolor es mío;
y no tengo a quién darlo;
y por eso lo calentaré egoístamente,
por eso lo incubaré profundamente
contra mi corazón.
PORQUE EL MUNDO ES GRANDE, Y YO ESTOY SOLO.
....

Y he aquí que una Voz,
una vaga Voz
silenciosa
y enorme,
un vasto Rumor omnipresente y polífono,
ha flotado,
formidablemente,
en el espacio;
y ha llegado a mi oído.
Y es la gran Voz de aquella Ceiba gigantesca
que se alza a la orilla del camino,
destacando su inmensa copa
en negro
sobre la claridad azul.
Sí, me ha hablado su Voz insonora;
me ha hablado la enorme Voz del árbol americano,
silenciosamente,
vaga y profunda y sigilosamente,
con el vasto Rumor polifónico de las alas del viento.
Y me ha dicho:
«Por qué desear la compañía de los hombres,
hombre
que vas sin rumbo entre la niebla de tus lágrimas,
si no tienes nada que darles,
nada que darles esta noche,
sino tu dolor,
tu absurdo dolor
irracional y visceral,
que no es más que dolor de vivir?
Tu dolor fantástico,
—¡pero tan real!—
tu dolor
que aún no podrían apreciar
los que todavía no saben
que son hombres,
los que todavía
no se sienten
VIVIR?

»¿Por que desear la compañía de otros hombres,
oh tú que vas tropezando por la vida,
ciego de soledad,
y de humanidad,
y de lágrimas,
tú que pretendes estar solo?
¡No,
no estás solo todavía,
hombre
¡No estás todavía lo bastante solo,
no eres aún DIGNO *de estar solo,*
si todavía deseas la compañía de los hombres!

»Porque el hombre realmente solo
sabe que no está solo nunca:
y si tú eres de veras solo,
si tú estás realmente lejos
de LOS HOMBRES
debes sentir a tu lado,
por la carretera,
marchando oscuramente,
profundamente,
cansadamente,
las sordas, inmemoriales pisadas
de otro Sér incorpóreo,
de otro Sér grande
y misterioso
y triste:
¡porque a tu lado va llorando,
y titubeando,
y tropezando,
a tu lado,
eternamente,
va sufriendo EL HOMBRE!

»¿No comprendes
que el hombre solo no está solo,
sino que ES *solo,*
porque nació solo;
porque se nace solo
o se nace gregario,
como se nace blanco o negro?

»Déjales que vivan,
gregariamente,
sus pequeñas vidas de gregarios:
déjales a ellos *su consuelo* DE ELLOS,
que no puede ser consuelo para ti:
el consuelo animal
de sentir el calor mutuo de sus cuerpos,
que tiritan en la soledad;
y guarda tú el consuelo tuyo,
el áspero consuelo de ser solo,
¡la agria alegría
cuyo frío
no podrían ellos resistir!

»¡Sí, déjales que vivan,
pobres hombres y mujeres,
déjales que vivan la pobre vida de los hombres;
y vive tú,
Hombre,
vive tú la vida tuya;
la vida del HOMBRE!

»Acepta y vive tu soledad.
Acéptala y vívela
como parte de ti mismo,
como condición de tu existencia:
como hago yo, La Ceiba,
yo que lanzo a lo lejos mis semillas volanderas,
sobre las alas del viento,
para estar siempre sola.
¿Viste alguna vez a la Ceiba
acompañarse de otras ceibas?
No. Yo SOY *sola.*
Yo tengo el orgullo de mi soledad,
porque sé que la soledad
es condición de mi existencia:
¡Yo no puedo vivir acompañada,
porque tengo que elevar mi copa
por encima de las bestias
y de los hombres
y de los árboles!
¡Porque sé que necesito
la tierra,
toda la tierra,
para mis raíces inmensas,
y necesito el espacio
todo
para mis ramas desmesuradas!

»No, yo no puede vivir en compañía.
¡Y el cielo mismo
no es sino la vasta copa
de una gigante Ceiba azul,
que echa a volar,
inmensamente,
por los espacios infinitos,
los blancos algodones
de la Vía Láctea,
las claras semillas
voladoras
de los astros!

»Hombre,
sé como la Ceiba:
¡aíslate,
Hombre,
que el aislamiento es signo de grandeza!
Vive solo,
para que puedas vivir:
¡para que hayas tierra y espacio
para tu crecimiento
enorme.

¿Qué más quieres,
si tu dolor es tuyo,
TUYO,
solo tuyo,
y no tienes con quién compartirlo?

»¡Qué más quieres,
si el lago,
y las montañas,
y la luna,
son tuyos;
y tuya es esta noche inmensa,
y el universo entero es tuyo,
porque no tienes con quién compartirlos,
y así no tienes
que compartirlos con nadie!
»¡Arrodíllate,
Hombre,
sobre el polvo de la carretera!
Arrodíllate,
Polvo consciente,
y besa el polvo fraternal
por donde transitan
los hombres,
¡Besa la frente de la Tierra!
¡Da gracias a Dios de haber vivido hasta esta noche
en que principia el mundo!
¡Da gracias a Dios por haberte dado este noche
para ti solo;
de haberte dado estas estrellas,
y esta luna,
y estas montañas, y este lago,
y esta tierra toda,
para ti solo!
Y dale gracias también
por haberte dado esta Ceiba,
que es como un Cielo entero
para ti solo,
como un Cielo que ha hablado en ti y por ti,
vaga y profunda y sigilosamente,
con el vasto rumor polifónico de las alas
del viento!»
....

Y ha cesado la voz del Árbol.
Y he aquí que, de rodillas,
he besado el polvo de la carretera.
Pero la Voz de la Ceiba
ha quedado para siempre
en mis oídos;
su Gran Voz ha quedado vibrando
sobre el mundo,
como un tañido inmenso
de campana,
como un tañido hecho de espacio,
de luna
y de silencio;
y ha quedado resonando
en el caracol sangriento
de mi corazón:
¡y la he sentido circular
por mis arterias,
como una nueva sangre,
como una nueva vida!
Y hé aquí que, al regresar por el camino,
ya no soy un hombre,
sino un Gigante.
Y me he llegado,
como un hermano mayor,
hacia la Ceiba;
y la he besado
en la ruda corteza rugosa:
y me la he llevado conmigo
por todos los ásperos caminos de la tierra,
me la he llevado
de la mano,
como a un niño pequeño,
diciéndole al oído:
«Ceiba, mi Ceiba,
yo te llevaré por los caminos,
enseñándote a mi vez la Vida,
de la mano,
como a un niño pequeño:
porque yo soy un Hombre,
Ceiba,
mi pequeña Ceiba,
¡Ceiba que un día habrás de ser un Hombre:
¡Yo soy un Hombre,
Ceiba!
¡Yo soy el Hombre,
y el mundo es grande
Y ESTOY SOLO!»

Coatepeque, El Salvador, 1929.

Alberto Guerra Trigueros

Aquí está Guerra Trigueros, el mejor poeta del Salvador, amigo robusto del poema largo, que tanto hemos abandonado, por pereza o flaqueza,—y amigo además de los grandes pensamientos—que Dios le regala en abundancia.

Gabriela Mistral

La vida de los termes

— De *El Sol*, Madrid. —

I

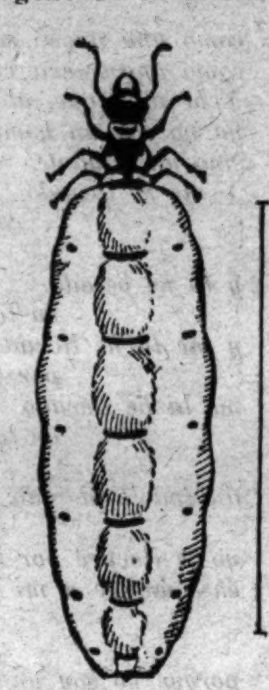
El observador de los insectos llamados sociales no puede sustraerse a considerar en sus estrictas comunidades el aspecto humano. Si él no extrajera de colmenas, hormigueros y termiteras los ejemplos y las moralidades implícitas, sus lectores le suplirían con la propia meditación. «Nada interesa tanto al hombre como el hombre mismo», decía Goethe. Por todas partes venteamos lo humano, como náufragos que buscan ansiosamente la huella del semejante. Todo nos sirve de referencia, paralelo o contraste. Sin embargo, nada tan apto para esta finalidad como las sociedades de animales. Los fabulistas conocen y usan este mecanismo, por el que el animal acentúa lo humano que posee o el poeta le presta. Las mismas escenas que nos acontecen, los caracteres que nos invisten, los impulsos que nos mueven, ganan, trasferidos a los animales, un patetismo y, con mayor frecuencia, un realismo, un vigor satírico o una ejemplaridad moral que antes no tenían. Pero ni la astucia, ni la vanidad, ni la codicia, ninguna de las pasiones que el poeta infunde a la fauna tradicional de las fábulas, es tan humana como el sacrificio doloroso y tal vez inútil a una idea, a un algo desconocido y, al parecer, superior. Por eso, cuando Maeterlinck, en su reciente libro *La vie des termites* [1], encuentra en los subterráneos de la termitera la inmolación del individuo a un poder misterioso, ausente, tal vez inexistente, llevada al límite de la más absoluta inutilidad, cuando encuentra una organización para nada, una esclavitud que se agota en sí misma, humaniza y nos hace fraternos a estos animalillos, que quizá nos ofrecen una fidelísima imagen de nuestros destinos sin meta.

Por momentos, al contemplar la vida de los termes, creemos estar ante nuestra propia vida, mirada desde un punto de vista situado fuera de nuestra especie. Percibimos los movimientos, pero ignoramos las impulsiones internas, y la misma pequeñez de los seres observados nos parece simple efecto de la distancia, que destaca los rasgos más esenciales, las líneas más esquemáticas. Un termes dotado de consciencia tal vez pensase que su organización realiza un fin superior y trascendente. Pero nosotros sabemos que se cierra en sí misma, y que si los termes han ido perdiendo en su evolución los ojos, las alas y el sexo, y sumiéndose bajo tierra, ha sido únicamente para conservar una forma inventada al azar por la vida. La

[1] «Bibliothèque Charpentier». Eugène Fasquelle, éditeur. París. (Acaba de publicarse una versión española).

vida se da el lujo de crear formas infinitas de vivir, para después, acaso el día que rozan la cima de su perfección, aniquilarlas sin misericordia, sustituyendo la especie por otras nuevas e imperfectas que han de volver a ensayar torpemente los primeros pasos. Nosotros sabemos que esta especie de los termes vive en inminencia de muerte, y que si por un juego de la naturaleza descendiese ligeramente la temperatura del trópico, desaparecería su consumada organización social sin dejar más consecuencia que algunas huellas fósiles; y, como en los auspicios antiguos, lanzamos inquietas interrogaciones a lo incógnito por el intermedio de una bestia.

Los termes (comejenes) son los llamados «hormigas blancas» impropiamente, porque toman el color de la tierra donde asientan. Su tamaño varía, según las especies, de tres a diez milímetros. Su forma es la de una hormiga mal esbozada, con el vientre alongado, blando, vulnerable. Viven en los países tropicales y subtropicales; a una temperatura menor de veinte grados perecerían. No soportan la luz; habitan en grandes nidos subterráneos (termiteras), y para sus correrías labran caminos de zapa, ahuecan raíces y troncos, perforan como berbiquíes vivos, las maderas de los edificios, o construyen en la superficie, con su propio excremento, pasillos tubulares, galerías cubiertas, por donde caminan en tinieblas, ciegos como los topos. Las termiteras se hinchan y se levantan sobre la tierra con apariencia de grandes túmulos, de catedrales carcomidas, de pirámides sutilizadas de hasta seis metros de altura. Un jinete con una lanza enarbolada no alcanza la cima. El nido está protegido por una cúpula de cemento, tan dura, que para romperla se requiere barreno y dinamita. En muchas termiteras, la parte superior está ocupada por el cementerio, para casos de epidemia; cerca del sol, los cadáveres se desecan rápidamente, y reducidos a polvo constituyen una reserva de víveres. Nada se pierde en la termitera, donde impera la economía, acusada hasta la sordidez. En las épocas de mortalidad normal, los cadáveres son consumidos en fresco. En el centro está la *nursery*, el limbo de las larvas y ninfas recoletas, surcado por un aire caliente y húmedo. A ambos lados, como en los estantes de una incubadora, los huevos, blancos y oblongos, estibados por orden de fechas. Más abajo el aposento de la reina (figura 1.ª), siempre clueca, que pone un huevo por segundo. En lo más hondo, en la cala, el pajar y la leñera, los almacenes de hierba y maderas triturada. En lo más alto los huertos subterráneos de champiñones con que los termes aderezan todas sus comidas, a la francesa. De la termitera parten innumerables galerías, que se estiran lejos, hasta las ramas de los árboles, los herbazales, las casas proveedoras de celulosa. La termitera bulle de calor, como una olla al fuego. El heno en fermentación hace de caldera. Pero se ignora la fuente de humedad que mantiene invariable un alto grado higrométrico en tierras donde no llueve durante muchos meses. Livingstone se inclinaba a creer que los termes combinan el oxígeno del aire con el hidrógeno de su comida vegetariana.



Reina de *Termes gilvus*
Fig. 1.

Si nuestra alimentación fuera regida por un principio realizable de máxima economía, es probable que hubiéramos resuelto científicamente el problema del sustento en la misma forma que los termes. Los termes se nutren de celulosa, el manjar más abundante, el que existe por doquiera en los vegetales. Pero su estómago no digiere la celulosa. Esto no ha sido problema para los termes, tan poco problema, que le han dado varias soluciones. Ciertos termes albergan en su intestino todo una fauna de protozoarios alquilados, los cuales digieren por su encargo la hierba y la madera, y luego son digeridos a su vez. Después de todo es el papel de los animales que consumimos los hombres: la vaca como el heno, y luego nos comemos la vaca. La diferencia está en que la vaca del termes pace en su intestino. Otras especies de mayor talla y civilización más adelantada tienen asépticas las entrañas; la descomposición de la celulosa se encomienda a hongos, champiñones, minúsculas criptógamas que cultivan por sabios procedimientos. Como nuestros panaderos, leudan con este fermento sus provisiones, y cuando emigran no olvidan de llevarse, huertanos previsores, la mejor simiente de champiñón.

En la termitera viven termes de quince formas distintas, procedentes de huevos idénticos; pero pueden agruparse en tres castas: obreros, soldados y reproductores; las mismas clases de la República de Platón, porque de lor reproductores salen los señores: el rey y la reina. Las tres funciones de la guerra, del trabajo y del amor están completamente separadas, como si los termes hubieran llegado a la convicción de que son incompatibles. Los obreros (figura 2.ª) tienen sexo, pero atrofiado, y carecen de ojos, armas y alas. Los reproductores son adolescentes ociosos, provistos de ojos con mil facetas, donde una sola vez se refractará el mundo irisado de la luz, y de largas alas transparentes, para emparejarse en un ideal cópula aérea ese día único en que, retirados los soldados de las puertas, el enjambre sale de la termitera como un tumulto de ninfas y sátiros. Los soldados son también gente ociosa. Su cabeza, acorazada, está armada de grandes tenazas de cangrejo, que no sueltan presa (figura 3.ª). Algunos son narigudos; su nariz es una lavativa, (la cabeza es la pera) que aventa a distancia un líquido pegajoso, capaz de paralizar al enemigo tradicional, a la hormiga (figura 4.ª). Pero su vientre estalla a la menor presión como una ampolla de agua, sin duda, está providencialmente dispuesto así para que no puedan volver la espalda. Hay varias

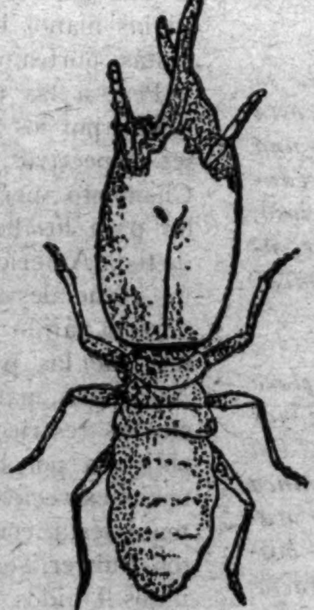


Obrero de *Hodotermes ochraceus*
Fig. 2.

formas de soldados; los de menor tamaño y apariencia menos bélica deben de ser los encargados de la policía urbana.

Aquí reina, repetimos, el materialismo más extremado. Quien no trabaja, no come. Los ociosos no saben comer o no digieren la celulosa, viven a expensas de los trabajadores. Cuando uno de ellos siente apetito, roza con una antena al obrero que pasa afanado. Este olfatea al pedigüeño, y si es un joven, un rey en cierne, le vomita en la boca el contenido de su estómago, como manjar más fresco y lechoso; pero si es adulto, el obrero se vuelve y le paga con la pasta de papel elaborada en su intestino el congruo estipendio de su onerosa inutilidad. «Es el comunismo integral—dice Maeterlinck—; el comunismo del esófago y de las entrañas llevado hasta la coprofagía colectiva». El excremento es la materia empleada por los termes para empapelar sus aposentos y pasillos, para construir los caminos tubulares, para reparar destrozos y obturar brechas. Y en la misma alimentación es aprovechado varias veces, por sus sucesivas destilaciones intestinales, hasta dejar bien apurado el orujo. Los termes, escribe Maeterlinck, son «químicos que han llegado a la serena convicción de que nada es repelente en la Naturaleza; de que no hay más que cuerpos simples, limpios, puros». Cuando los termites soldados rebasan el cupo prefijado por el instinto, o cuando el observador, en sus entretenimientos experimentales, introduce algunos de más, la comunidad deja perecer a los supernumerarios en un combate sin gloria. Les suprime las viandas, y ellos, incapaces de comer, con el sable siempre en la boca, mueren de hambre bajo el peso descomunal de sus mandíbulas inútiles.

La reina es un animal gigantesco en relación con el termes ordinario. Pesa de diez mil a veinte mil veces más. Es sólo un abdomen (figura 1.ª); su vientre hidrópico llena su palacio, que de continuo requiere ampliaciones. Allí yace inerte, mientras un equipo de centenares de obreros se apresura junto a su boca, vertiendo sin cesar, como en una tolva, el manjar estercoráceo. Otro equipo, apostado a la salida del oviducto, recoge los huevos, que caen, a razón de uno por segundo (treinta millones al año), como las gotas de una gotera; los lava y los trasporta al almacén de los embriones. Es el trajín de un alto horno. Una guardia de soldados rodea a la momia viva de la reina, erizadas sus ar-


Soldado de *Capritermes opacus*
Fig. 3.

mas contra un enemigo imaginario Otros. vigilan a los obreros, porque el sudor de la reina es tan dulce y su piel tan exquisita, o sus adoradores son tan idólatras, que sin cesar la acarician y lamen, y al menor descuido se llevan, como fetiche de amor, un bocado de pellejo. La fecundidad de la reina persiste cinco o seis años; a la menor señal de menopausia se la priva de alimento y es devorada en el acto, como una ballena caída en poder de una tribu de salvajes; la moral de la termitera no admite negligencia ni flojedad. El rey, pequeñito y enclenque, vive atemorizado, como quien va a ser preso, siempre atisbando y siempre oculto bajo el vientre de la soberana. Cuando la reina caduca o su fecundidad decae, los termes no entronizan una nueva reina; la sustituyen con una plebeya, buena ponedora, educada para la contingencia. A tal fin reservan en el taller un cierto número de individuos a medio terminar, abocetados, a los que, en caso de necesidad, apresuradamente, dan los últimos toques, como el escultor, trasformándolos a voluntad en soldados, obreros o ponedoras.

Sin soldados y reproductores, la especie se hubiera extinguido. El termes obrero es flojo, cobarde, infecundo. Pero algún Trotski de este Soviet ha organizado tropas numerosas y bien equipadas. Si el nido es atacado por las hormigas, si se abre una brecha, enseguida asoma la cabezota de un centinela, que alarma al cuerpo de guardia golpeando el suelo con sus mandíbulas; a poco toda la guarnición cierra la brecha con sus cráneos que muerden al azar, como una jauría de *bulldogs* ciegos. Cuando por acaso un pelotón de hormigas salva las alambradas, los obreros tapian a retaguardia las galerías que conducen al corazón de la ciudadela; los soldados abandonados mueren heroicamente; pero el enemigo queda aislado.


Soldado narigón de *Eutermes diversimiles*
Fig. 4.

Los reproductores vagan ociosamente por la ciudad demandando el pan *kaki* a los obreros. Mas un día, al fin del verano, la hermética ciudad se abre de par en par, y súbitamente, como a una palmada, se eleva al azul una nube espesa y trasparente de alas. El ensueño de la termitera dura sólo un instante; la nube se posa, y pájaros, reptiles, roedores, hormigas y libélulas se arrojan vorazmente sobre los termes; el hombre apalea los cadáveres, y con la pasta amasa confituras exquisitas. De todas las parejas, tal vez una sola escapa con vida y funda una nueva colonia. En toda la vida de la termitera reina la previsión, la economía, la sordidez; únicamente en este instante el azar del amor y el lujo dilapidador de la vida recobran sus fueros.

Fernando Vela

17 de Marzo de 1927.

Persiflage

Port-Royal

— *Colaboración directa* —

Para el Licenciado don *Alberto Brenes Córdoba*, porque estoy seguro de que fue él quien hizo pensar a Gissing en Port-Royal.

Cómo se las arregla Gissing para leer lo que lee en la Biblioteca de Alejandría es para mí mayor misterio que averiguar el nombre que se daba Aquiles cuando se escondió entre las mujeres. En la Biblioteca hallo poco de mi gusto. Casi no hay estante en el que no encuentre alguna versión del *Libro de los muertos* de los egipcios, y, como los egipcios, que escribieron esos capítulos para recitar cuando se sale al día, tenían una manera de pensar de la muerte para entender la cuál sería necesario que yo naciese egipcio, en la Biblioteca me agobio y me asfixio de papiros. El papiro de Ani, especialmente, me perturba; y, perturbado el ánimo, no hay manera de gozar entre libros. A ellos debe irse con el espíritu en reposo, como se tiene la copa para que el escanciador nos la llene de vino.—A propósito, hoy que me llenaban el bonito cáliz, de cobre con incrustaciones de plata, me temblaba la mano demasiado y derramé el rojo líquido sobre los limpios manteles de la Sarah israelita. Parecía que aquello fuese sangre, tan rojo oscuro y tan espeso es el vino que se nos sirve, y me sentí palidecer como si hubiese sangrado mucho. No sabría decir qué me pasa. Gissing, en cambio, viejillo como es, goza de una tranquilidad envidiable.. Decía que no sé cómo hace para leer en Alejandría lo que lee.

"He estado leyendo", dijo, *Port-Royal* de Sainte-Beuve, libro que siempre había pensado leer: como es largo, y como el interés que he tenido en el período de que se ocupa ha sido leve, hasta ahora no lo había

(*Pasa a la página 238*)

Canales interocéanicos: Panamá, Nicaragua

—Envío del autor—

Un problema americano.—La construcción del Canal de Nicaragua es de tan grandes proyecciones futuras que merece la atención apasionada de las Américas del Centro y del Sur. Un despertar de la conciencia continental es menester ahora que se prepara oscuramente, en los círculos oficiales de Washington, la terminación de la obra comenzada en agosto de 1914 y que atañe tan de cerca a las repúblicas americanas. El sobresalto no es—no sólo debe ser—de Nicaragua y sus vecinas, sino de todas las naciones hispanoparlantes, desde México hasta la Argentina y Chile. Es la hora de que los Estados Unidos conozcan en su íntegra franqueza la opinión de nuestra América, celadora de su libertad y consciente de sus destinos. Hay que tener presente que hasta hoy nuestra falta de solidaridad racial y geográfica ha sido la causa de que la bandera estrellada haya avanzado sin obstáculo sobre nuestros pequeños países, encerrados en un anacrónico aislamiento.

El ejemplo del Canal de Panamá, instrumento de explotación y servidumbre, debe alentarnos para expresar nuestra disconformidad con el Tratado Bryan-Chamorro que establece la construcción del nuevo Canal. La unión de dos océanos, el corte de la costra terrestre que permite el paso de las embarcaciones, el camino de agua hacia los mercados internacionales, el Canal en suma que debía abrir de esperanza los ojos de América, se ha convertido más bien en motivo de preocupación y de temor, pues amenaza ser llevado a cabo con el sacrificio de una nación y solamente con propósitos de lucro y de conquista. Un Canal necesita Nicaragua y la América del Centro en verdad; pero abierto al libre tráfico del mundo y construido honradamente sin que les cueste la mutilación o la esclavitud.

La señal de aviso, el llamado a los trabajadores del pensamiento, nos ha venido esta vez desde el corazón mismo de los Estados Unidos, desde New York. La *Liga de Reconciliación* quiere oír la voz de América, por órgano de la clase intelectual, para hacerla resonar en el Congreso de la Unión. "Pesa cada vez más la opinión latinoamericana—dice Carlos Thomson en su encuesta—y conviene que ella ilustre las deliberaciones del Senado norteamericano en lo referente al proyecto de construcción de este nuevo Canal interoceánico". En buena hora sean esta influencia y este espíritu de comprensión, que ya estaban resultando bárbaros los otros métodos de que suelen valerse los Estados Unidos para su expansión imperialista, como lo atestiguan los marinos caídos con la cara al cielo, en medio de la selva centroamericana, y las inhumanas operaciones financieras que constituyen el "imperialismo del dólar" como lo llama Scott Nearing.

El Tratado Bryan-Chamorro.—Este es uno de aquellos documentos que avergüenzan a quien los firma. Según sus cláusulas, Nicaragua queda materialmente a merced de los Estados Unidos que le prestan la mísera ayuda de tres millones de pesos oro para que pueda atender a la reducción de su deuda. Los Estados Unidos se reservan en cambio el derecho de construir, cuando lo creyeren oportuno, una canal de su propiedad, en la parte de territorio nicaragüense que tuvieren a bien, y reciben como concesión las Islas del Maíz y una base naval en el Golfo de Fonseca, por 99 años renovables a su voluntad. No hemos podido encontrar, pese a nuestros esfuerzos, una explicación lógica a este extraordinario documento en que se hipoteca la soberanía de un pueblo. El Tratado en cuestión fue concebido y firmado en Washington. Creemos que el político de Nicaragua que dió su nombre al Convenio, se prestó por ambición al Poder a servir de instrumento en las manos hábiles de los estadistas norteamericanos.

Pese a las ratificaciones efectuadas por los Senados de los países respectivos, el Tratado Bryan-Chamorro permanecerá sin valor para los hombres de Derecho de toda América. Hay varios puntos esenciales que impiden considerarlo válido: La incapacidad de una de las partes contratantes, Nicaragua, para otorgar el Pacto sin las restricciones a que estaba obligada por los derechos de las naciones vecinas; la contradicción manifiesta con el Tratado Clyton-Bulwer, según el cual los Estados Unidos se comprometían a no tener poder exclusivo en el Canal interoceánico, lo mismo que con el Pacto de 11 de Febrero de 1860 en que se declaraba la neutralidad del proyectado Canal; la violación de los derechos de condominio de Costa Rica en las bahías de San Juan del Norte y de Salinas, y de El Salvador y Honduras en el Golfo de Fonseca (Tratado Cañas-Jerez y laudo Cleveland) y la violación de los

(Pasa a la página 239)

Jorge Carrera Andrade

La golosina y el cielo

= De *La Vanguardia*. Barcelona =

I.—Una dama estaba dando caramelos a un niño y, al ponérselos en la boca, le decía que cerrase los ojos. El niño seguía mirándola de hito en hito, sin abrir la boca. Al insistir la dama, le replicó un amigo.

—Señora . . . El niño no quiere perder el cielo por una golosina.

II.—Algunos excelentes poetas de habla española se han complacido en saborear menudas golosinas a costa de cerrar los ojos ante la gran belleza. Por miedo a una ostentosa "monumentalidad", han ido lentamente reduciéndose al trato de un mundo menor, a veces delicioso, a veces insignificante, falto de signos, de pobre, de intranscendente materia vital. No pensar en "cantidades" sino en "calidades"—dijeron:—pero acabaron por . . . empadronarse en el país de Liliput.

Mucha parte de la poesía contemporánea se complace demasiado en lo pequeño, y, si no debemos sentir delirios de grandeza, tampoco debemos sentirlos de pequeñez. Un poeta así comenzaría—como Zaqueo—por no ver nunca pasar lo misterioso, de tanto pegarse al pavimento y acabaría por rechazar—como Zaqueo—funciones de bosquimano. Incapaz de ir a buscar personalmente la gracia, se subiría a los árboles para verla pasar.

El que la gracia de las cosas transeúntes, al pasar, alce los ojos a Zaqueo, es un caso de excepción. De ordinario no alza los ojos aunque suele cogerse del brazo de ciertos hombres desprevenidos que van y vienen, que sufren codazos y empellones de las gentes.

Jorge Carrera Andrade prefiere bajar del árbol y ponerse en el trance de que la gracia le coja del brazo.

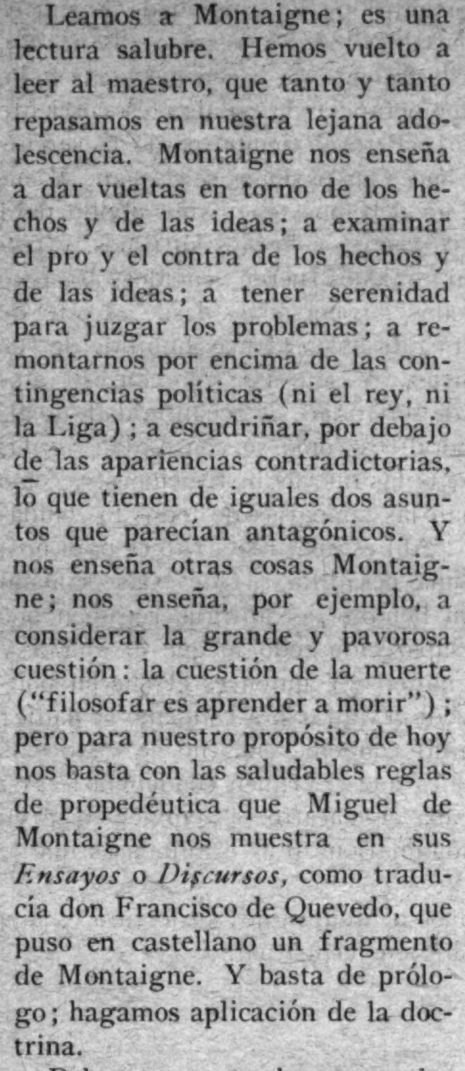
III.—Sabe a raíces húmedas, a tierra esponjosa, a frutas en sazón, la poesía de Jorge Carrera Andrade. Visión directa del mundo, hecha primor artístico por un agudo transformador de vivas plasticidades. Fruición de lo

(Pasa a la página 238)

Leamos a Montaigne

= De *Crisol*, Madrid =





Leamos a Montaigne; es una lectura salubre. Hemos vuelto a leer al maestro, que tanto y tanto repasamos en nuestra lejana adolescencia. Montaigne nos enseña a dar vueltas en torno de los hechos y de las ideas; a examinar el pro y el contra de los hechos y de las ideas; a tener serenidad para juzgar los problemas; a remontarnos por encima de las contingencias políticas (ni el rey, ni la Liga); a escudriñar, por debajo de las apariencias contradictorias, lo que tienen de iguales dos asuntos que parecían antagónicos. Y nos enseña otras cosas Montaigne; nos enseña, por ejemplo, a considerar la grande y pavorosa cuestión: la cuestión de la muerte ("filosofar es aprender a morir"); pero para nuestro propósito de hoy nos basta con las saludables reglas de propedéutica que Miguel de Montaigne nos muestra en sus *Ensayos* o *Discursos*, como traducía don Francisco de Quevedo, que puso en castellano un fragmento de Montaigne. Y basta de prólogo; hagamos aplicación de la doctrina.

Debemos acostumbrarnos a las críticas que de la República se hagan; no seamos intolerantes. La crítica era permitida durante la Monarquía; la crítica debe ser permitida durante la República. En 1909 las izquierdas españolas hicieron violentísimas campañas contra los hombres que entonces formaban el Gobierno; ahora las derechas españolas hacen violentísimas campañas contra los hombres que forman este Gobierno. En 1909 se llegó a pedir el atentado personal contra el eminente repúblico que presidía el Gobierno; ahora no se ha llegado a tanto. Y entonces se trataba de intereses humanos y ahora de intereses divinos. Condenemos las violencias de antes y de ahora; condenemos las violencias de derechas y de izquierdas; pero sólo podrán condenarlas con autoridad aquellos hombres que, habiéndose mantenido en un ambiente de serenidad—el ambiente del maestro Montaigne,—puedan levantar su voz para exhortar con eficacia a unos y a otros. Dejemos el odioso terreno de las violencias; en la esfera de lo lícito y lo permitido no es inoportuno el advertir que debemos ser tolerantes. Conocemos un escritor que durante muchos años—veinticinco—ha colaborado en un gran periódico, afecto con fervor a la Monarquía, representante autorizado de las clases productoras y conservadoras del país. Y en es periódico el escritor aludido ha podido expresarse con la mayor libertad en sus críticas contra usos, costumbres, hombres, prácticas, corruptelas, vicios y lacras de la Monarquía; no hay más que repasar la colección de ese diario para comprobarlo. Ni una vez siquiera, desde el primero al último día de colaboración, ese escritor ha visto coartada su libertad. Lo que se hacía en el régimen monárquico, ¿no se podrá hacer en el republicano? ¿Habrá ahora menos libertad que antes?

Pero puede darse otro caso más grave. Se puede crear un ambiente tal de coacción que, teniendo el ciudadano libertad en las leyes, no la tenga en la práctica. En Francia, durante la guerra, era peligroso elogiar a Kant, a Goethe, a Wágner. No es preciso decir que había en las leyes libertad para la loanza de esos grandes alemanes. Pero ¿qué le ocurría al malaventurado escritor que elogiaba a Kant, a Goethe, a Wágner? ¿No suscitaba el recelo, el rencor, el odio de sus conciudadanos? ¿No se veía acusado de mal patriota? Si un empresario hubiera tenido en esos años la ocurrencia de poner una ópera de Wágner, ¿qué es lo que hubiera sucedido? Pero no necesitabos argumentar con hipótesis; existe un curioso libro (*El caso Wágner; la música durante la guerra*, por Juan Marnold), en que se pueden ver las viscisitudes del gran músico en Francia durante los años trágicos. Hagamos la aplicación a España. Todo cambio de régimen acusa un recrudecimiento de intolerancia. Es una ley de psicología social la de que los dogmas nuevos son más intolerantes que los antiguos. En la corriente de los siglos los dogmas viejos han ido pérdiendo sus angulosidades—como los cantos rodados de los ríos;—lo que antes era agrio, se suaviza; lo que repelía, se torna atrayente; las diferencias se van borrando; surge, con la costumbre, la tolerancia, la indulgencia. Con los dogmas nuevos, la cosa varía; no se toleran faltas de respeto; lo que antes era leve es ahora sumamente peligroso; nacen y pululan las suspicacias; se acusa de falta de fe o de traición al que se permite pala-

Contra la política del odio

= De *Crisol*, Madrid =

Los apasionados de la lectura saben que un libro llama a otro libro. Una nota de un libro, en que se hace referencia a otro, suscita nuestra curiosidad y nos lleva a leer ese otro libro; un libro que nos place, nos hace buscar los demás libros del mismo autor. Y así, insensiblemente, como en un deporte, como en la caza, vamos entretenidos de libro en libro. La biografía de Arístides Briand nos ha hecho leer la biografía de Alejandro Millerand. Este político fue ministro de Fomento en el primer ministerio que formó Briand, en 1909. Quisimos ver cuál había sido la labor de Millerand en el ministerio de Trabajos Públicos; repasamos algunos autores que en ello se ocupan: leímos los discursos de Alejandro Millerand durante su actuación en Fomento. Y en el estudio extenso y documentado que va al frente de esos discursos, encontramos unas líneas que vamos a trascribir. La labor de Alejandro Millerand en Trabajos Públicos fue fecunda y brillante. El ministro, con una gran capacidad, con una admirable resistencia física, recorrió toda Francia, sin aparato, sin solemnidad; se enteró de todo; preguntó a todas las gentes; conferenció con autoridades técnicas; supo, en suma, oír—cosa difícil a un gobernante;—supo oír y recoger cuidadosamente lo oído. Y el prologuista de sus discursos, al final, después de haber estudiado la labor del ministro, expone, expone el espíritu del político. Y dice lo siguiente: "Millerand ha combatido todas las políticas sectarias, fundadas en las querellas de creencias, todas las agitaciones que no reposan sino sobre la tiranía de las conciencias, todo ese anticlericalismo obsedante en que se resuelven las fiebres políticas de nuestras provincias. Millerand ha condenado esa política odiosa de individuos a individuos, que no explota sino las ambiciones,

(Pasa a la página 234)

bras o realiza hechos que antes no escandalizaban a nadie.

Y ante este espectáculo, ¿cuál debe ser la misión de lo que llamamos un intelectual? ¿La de lanzarse también a la vorágine de la pasión, o la de predicar amablemente el respeto para todas las opiniones y la tolerancia para el libre desenvolvimiento de la personalidad? El ambiente de coacción moral de que hablamos con referencia a los años de la guerra, puede darse en un país con motivo de un cambio de régimen. En España se ha producido. Los hechos del 11 de mayo y siguientes crearon un ambiente tal de coacción moral, que ha invalidado la libertad de pensamiento. Por causa de esa enorme coacción moral, las elecciones legislativas han dado el resultado que han dado, y no otro, como pudieron darlo, si la burguesía española, que es la que ha traído la República, hubiera intervenido en esa contienda, en vez de marcar su desvío, coaccionada por los hechos aludidos. Y si por causa también de ese ambiente de coacción un periódico no puede decir todo lo que quisiera decir, ¿de qué valdrá la libertad de expresión que se consigna en las leyes? Legalmente, en este régimen, habrá la misma libertad o más que antes; pero prácticamente habrá menos.

Leíamos estos días una nueva vida de Mariana Pineda; condenada esa inmortal mujer, intentó fugarse; iba por la calle perseguida, y se escondió en un portal, cuando desde una ventana una vecina gritó a los perseguidores: "¡Ahí está!" Y en ese grito se halla condensado todo un estado nacional de dureza, de crueldad, de fanatismo. El espíritu de ese grito lo vemos, por ejemplo, en la calle, cuando una señora vestida elegantemente lleva de la mano un niño, y el niño—una criatura de tres o cuatro años—llora, cansado, fatigadísimo de caminar uno o dos o tres kilómetros. La madre, con su traje elegante, y atendiendo a las conveniencias sociales, no puede tomar en brazos al niño, y el niño va casi a rastras, gimiendo, llorando. Pues desde ese gesto de crueldad hasta el nombramiento de la Comisión de Responsabilidades, en la Asamblea Constituyente, hay toda una gama de dolor y de dureza que pinta un estado de conciencia nacional. ¡Ahí están! Ese es el grito de la Comisión de Responsabilidades. ¡Ahí están! Están en las cárceles, en la emigración, esperando el fallo que demos nosotros. ¡Ahí están! El grito de la mujer de Granada era perfectamente justo; se servía con él a la Justicia; era una obra de patriotismo la que esa mujer realizaba. Obra de justicia y patriotismo es también la que van a realizar los señores de la Comisión de Responsabilidades. El que no lo crea así es un impunista, un partidario del antiguo régimen. La justicia, la más estricta justicia, lo que reclama es que se castigue a los que delinquieron. ¡Ahí están! Sigamos la obra del canibalismo español; que no se interrumpa, ni por un momento, la historia de crueldad y de persecuciones que comienza en la más remota antigüedad. ¡Ahí están! En las cárceles o en el destierro, esperando nuestra sanción, la sanción de quienes van a realizar una obra de alta justicia.

El maestro Montaigne no diría eso; con horror se cubriría el rostro. ¿Qué más sanción que un cambio de régimen? Una revolución es un cambio total, en las costumbres, en las leyes, en la justicia, en la política. Cambiar un régimen es hacer liquidación de todo lo pasado. No nos acordemos más del pasado. En los primeros momentos de un cambio de régimen, son excusables todos los excesos; la pasión, el enardecimiento, lo hacen perdonar todo. La intemperancia de palabra es corriente en todos. Pero el tiempo pasa; la serenidad se hace; las pasiones se calman. Y entonces no debemos tener sino olvido para las instituciones y hechos antiguos, y respeto para quienes fueron vencidos. Respeto para todas las personas, desde el jefe de Estado caído hasta el más humilde de sus partidarios. Y sólo así, sólo con este ambiente de serenidad, de ecuanimidad, de alteza moral, es como se consolidan verdaderamente las nuevas instituciones, y como se ganan las simpatías de todos los ciudadanos. ¡Ahí están! Ese grito es para nosotros una pesadilla. ¿Qué más sanción para un hombre del antiguo régimen que ver desaparecido todo lo que él amara y propugnara? ¿Y quién es el que en política puede levantarse a condenar a nadie? "¡Cuántas condenaciones no he visto más criminales que el crimen condenado!" Así exclamaba el maestro. "Combien ai-je vu de condamnations plus crimineuses que le crime!"

Leamos a Montaigne; su lectura es una eficaz higiene espiritual.

Azorín

Renuevo

—Envío del autor—

¿A dónde irás cuando tú mueras?
«A donde están las cosas por nacer»,
allí a ser puñado, entre mis sacras eras.
Pero allí, allí también te he de querer.

¿A dónde iré yo cuando muera?
Donde los míos esperan su turno de nacer;
y otra vez, ya todos, todos juntos
dulce dolor fuera volver.

¿Que a dónde iré cuando yo muera?
Hay un lugar que a mí me espera
y acaso escriba Primavera:
«Aquí sólo hay lugar para querer».

Max Jiménez

Coronado, Octubre 18 de 1931.

Contra la política del odio...

(Viene de la página 233.)

los egoísmos y las cóleras". ¡Qué hermosa política la que se resume en estas palabras! La política del odio es la que hace infecundos todos los movimientos nacionales. La política del odio es la política del sectarismo. Un sectario es un hombre para quien los matices no existen. Un sectario es un ciudadano a quien los hechos no dicen nada. El hombre que se halla en la región opuesta del sectarismo es, por ejemplo, el querido maestro Miguel de Montaigne. El sectario, generalmente, se apoya en una idea excelente; la base de los sentimientos de un sectario es casi siempre laudable. No se puede negar al sectario un fondo de nobleza y de rectitud en sus sentimientos y en su ideas. Pero lo que sucede es que lo que había de ser fluído y flexible, se torna anquilosado; la vida, que es como decía Montaigne, "un movimiento desigual, irregular y multiforme", se fosiliza y se detiene. Si quisiéramos darnos cuenta de este singular fenómeno, no tendríamos que hacer más que observar lo ocurrido con las propias doctrinas del maestro. ¿Qué influencia habrá tenido en el pensamiento de Montaigne un español? Es decir, ¿cómo habrá influído en la sensibilidad de Montaigne, Raimundo Sabunde, con su Teología natural? *Si abrimos este libro, veremos que el autor, lejos de escribir una obra en abstracto, árida, seca, se va elevando desde el cosmos, desde los minerales, desde las plantas, desde las animalias, como se decía en la Edad Media, hasta las regiones divinas. Lo que en otro tratado sobre la misma materia nos parecería abstruso, aquí nos atrae; el procedimiento es el mismo que el que más tarde habría de emplear Fray Luis de Granada en su* Introducción del Símbolo de la fe. *Miguel de Montaigne, por consejo de su padre, tradujo del latín al francés la* Teología natural, *de Sabunde. Y en los* Ensayos *dedica a este libro sinceros elogios. Escribe, por ejemplo esta frase: "le trouvay belles les imaginations de cet aucteur". Las palabras son características. El libro de Sabunde está compuesto por bellas imaginaciones, y los* Ensayos *de Montaigne son, a su vez, bellas imaginaciones. ¿Qué es la imaginación sin sensibilidad? ¿Cómo pueden darse bellas imaginaciones sin sensibilidad? Y si se tiene sensibilidad, ¿de qué manera se podrá ser sectario? En uno de los capítulos de la* Teología natural, *el autor nos dice que una de las prendas del hombre sabio es no ser ni demasiado crédulo ni demasiado incrédulo. Y eso es todo Montaigne también. Pero lo que es fluidez y flexibilidad en Montaigne, va a convertirse en dogma de sectario. Un continuador del maestro, Pierre Charron, emprende la tarea de sistematizar la doctrina de Montaigne. El librito en que Charron codifica a Mon-*

taigne, ya es duro y árido de por sí; lo que antes era espontaneidad y gracia, suavidad y tolerancia, se convierte en estas páginas, al ser sistematizado, en dictados de un casi sectario. Más tarde, todavía un admirador de Pierre Charron, intenta resumir el libro en que se resumen los Ensayos en un breve volumen publicado en Amsterdam en 1763. Y en este punto, ya la doctrina amable del maestro es un puro y antipático sectarismo. Véase, pues, cómo lo que es flúido y humano en un cerebro, puede llegar, según la fórmula y la manera, a sernos repulsivo.

¿No habrá medio de que terminara el sectarismo, es decir, la política del odio en que se inspira la República española? ¿No habrá medio de acabar con la política del odio? La burguesía está apartada de las funciones del Estado; se halla ausente también de la vida nacional. Desde el 11 de mayo y días siguientes, la burguesía, que había traído la República, se encuentra alejada de la República. Los sucesos aludidos prejuzgaron el resultado de las elecciones legislativas. Se creó aquellos días un formidable ambiente de coacción moral; fatalmente, la burguesía, atemorizada, no había de concurrir a las elecciones generales. Y el resultado ha sido el que hemos presenciado; el gobierno de la República tuvo un triunfo análogo al que tendría un general que entrara en una plaza fuerte que no defendía nadie. Consecuencia de esa abstención es que la Asamblea no representa la voluntad nacional; es un mero producto de las clientelas de los ministros actuales. Y en esa Cámara, en que no están representadas las fuerzas conservadoras de España, en que las clases productoras no tienen representación, es donde se van a debatir y resolver los más graves problemas nacionales.

Miguel de Montaigne combatió el egocentrismo; todo el alcance de los Ensayos está contenido en esa lucha amable y sonriente del maestro contra la tendencia a creernos el centro del Universo. Pero el egocentrismo es inmortal. Decimos: nosotros somos diferente de nuestros antecesores; sabemos más que ellos; hemos viajada más que ellos; hemos leído más que ellos; contamos con medios de comunicación con que ellos no contaban; tenemos el telégrafo, el teléfono sin hilos, los grandes trasatlánticos, los automóviles, los aviones. Además, nuestra sensibilidad se ha afinado; no podríamos soportar lo que ellos soportaban; las gracias chocarreras que a ellos les hacían reír, a nosotros nos desagradan. Nuestros abuelos se desangraron en guerras intestinas, en luchas fratricidas; a lo largo del siglo XIX, los españoles han usado de la violencia y han cometido mil iniquidades. Estaba la raíz de toda esa violencia en la ignorancia, en la superstición; todavía los partidos y elementos reaccionarios usan de la violencia y cometen iniquidades. Pero nosotros, cultos, finos, eruditos, liberales, no podríamos jamás usar de la violencia ni cometer iniquidades. ¡Ay, qué bello sueño! La realidad sonriendo irónicamente, la realidad inexorable, la realidad que está por encima de las teorías y de los libros, se encarga de desmentir tan generoso egocentrismo. Ya en el poder, nosotros, los puros, los íntegros, los que tenemos otra sensibilidad que los reaccionarios, poco a poco, insensiblemente, vamos adentrándonos en la violencia y en la iniquidad. La realidad es la misma, igual en un régimen que en otro; lo que cambia es la etiqueta con que intentamos cohonestar nuestra infidencia íntima y total. ¿No habrá medio de que la República sea de distinto modo que el antiguo régimen? Cancelemos el pasado; no miremos al pasado; no pidamos cédulas de purificación a nadie. Que todo el que se acerque con lealtad y sinceridad a la República, sea acogido cordialmente en su seno. Marchamos, en España, sin el concurso de la burguesía, a un porvenir incierto. Cuando se va a necesitar el concurso de todos los españoles inteligentes y de buena voluntad para resolver problemas pavorosos, no podemos entregarnos a una política sectaria y de exclusiones. Sin la burguesía, la República no logrará consolidarse; es inútil emplear el tiempo en nuevos forcejeos. Cada nueva tentativa, por parte del Gobierno, para atraer a la burguesía, es una nueva falta, por su violencia y por su insensatez. Sólo la cordialidad puede hacer el milagro; sólo un gobierno que proporcione la seguridad a las clases productoras, puede atraer a la burguesía inhibida. Y sin eso, no sólo no habrá República, sino que el mismo partido socialista se desmoronará. Porque, falto de sostén y de contraste; sin la burguesía que puede crear el juego regular de los partidos, indispensable en toda nación; sin esos requisitos, contra el partido socialista irán todos los embates de las fuerzas extremas. Y será el partido socialista—y no las menguadas clientelas republicanas—quien, él solo, lleve todo el peso de la vida nacional, vida entonces sin equilibrio y sin contrapeso moderador...

Hemos comenzado este artículo con el texto referente a un político francés; queremos terminarlo con otro texto de un otro político, también francés. En La Prensa, de Buenos Aires, correspondiente al 1º de julio pasado Gabriel Hanotaux juzga el momento político español; ese artículo fue escrito en París antes de las elecciones legislativas. Dice Hanotaux: "Si el nuevo régimen se encuentra sediento de severidades retrospectivas; si las violencias de los partidos, los odios personales, las intolerancias de los cacicazgos crean una era de lucha y de discordia, el nuevo régimen, aún sin experiencia, y compuesto de hombres honorables, pero de poca autoridad, ¿será lo suficientemente fuerte para zanjar las diferencias y mantener esa hermosa paz civil merced a la cual él se ha fundado?"

Azorín

La amiguita

Para *Isabel Hío.*

¿Es que has querido morirte?
¿Alguien descifró la belleza
de la muerte delante de tu alma?
¿Es que viste las eras
sembradas de asfodelos?

Amiguita buena,
lleno tu interior de luz:
tú quisiste ser mariposa
sobre las rosas pálidas
en los jardines de la muerte.

Cuando las estrellas
te busquen para vérter
en tus ojos su luz,
te verán como una lucecita
azul, en el corazón
de una rosa.

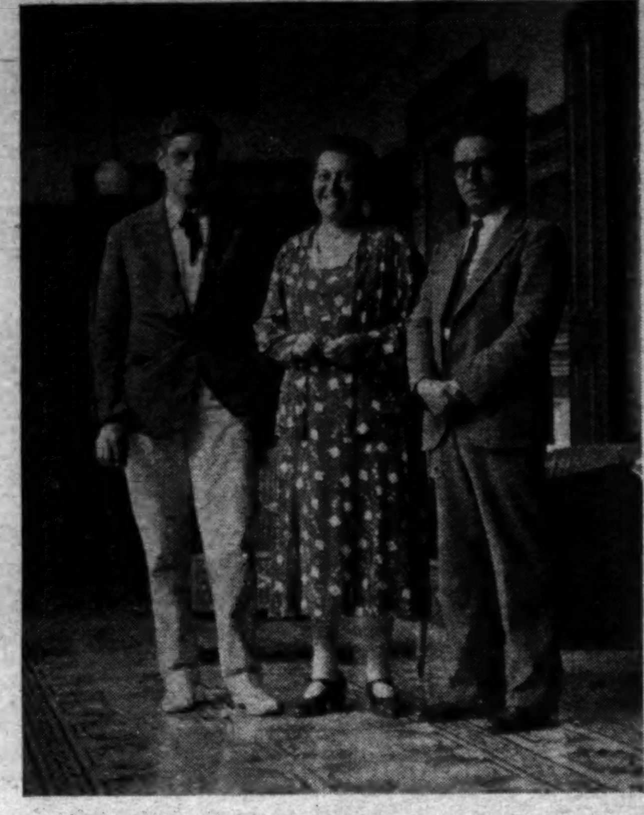
Y cuando, deseosos de no olvidarte,
preguntemos a los niños
tu nombre, los bellos niños
que acariciabas
con tus versos,
ya no se acordarán
de cómo te llamaban,
y te llamarán Amor.

Rómulo Tovar.

San José, octubre 1931.

(Envío del autor)

Cuentos de barro, *de Salarrué*



De izquierda a derecha: *Salarrué, Gabriela Mistral y Adolfo Ortega Diaz*

Comento

El Salvador da sus sorpresas: a mí me ha dado la de un fermento intelectual admirable, la de la levadura que pone un grupo selecto y que acabará por enliudar al país. No todos están en formación; algunos se hallan formados; son dueños ya de su lengua y aun maestros en algún género. Así este Salarrué, *prosista de una originalidad que se podrá apreciar en los cuentos de está página y persona fascinante en la vida interior que confiesa sin confesar y que le labra la obra del buen modo: de adentro hacia afuera. Antes de ser un escritor ha querido ser un hombre depurado y rematado, artesano lento y seguro de sus potencias.*

Gabriela Mistral

San Salvador. Octubre de 1931.

La brasa [1]

En la cumbre más cumbre del volcán, alla donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, media cueva, en una falla del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para fuera empezaban las laderas a descolgarse, terribles, precipitadas en deslizones bruscos, abismándose, rodando, agarrándose *aflegidas*. Los pinos enormes, eran nubes obscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezas, como si oyeran una música dulce salida de lo gris y de lo frío. Las ramas *chiflaban* tristemente llevando en ritmos nasales una melodía de *inmensidá*. Era la cumbre una isla en el cielo y el cielo un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños en *pantes* enormes. De cruz en cruz formaba una torre como un faro que en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía roja y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el *puro* y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio. Como a los *pantes* de leña obscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la *concencia*.

Una noche, *aflegido*, lió sus trapos y se marchó *pa* nunca . . .

—Puerca, mano, mei juido dialtiro e la cumbre! Miatracaba un pensar y un pensar . . .

Semos malos

Goyo Cuestas y su *zipote* hicieron un *arresto* y se *jueron* para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; y el muchacho la bolsa de los discos y la trompa achaflanada que tenía la forma de una gran campánula; flor de *lata* monstruosa que *perjumaba* con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Sí tata,, y por ái no conocen el fonógrafo, dicen . . .

—Apurá'l paso vos; ende que salimos de Metapán trés choya.

—Ah, es quel cincho me viene jodiendo 'lomo.

—Apechálo, no siás bruto.

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de *zunzas* las *taltuzas* comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces *bían* visto el rastro de la culebra *carretía*, angostito como *juella* de *pial*. Al *sesteyo*, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un *jostró*. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el *tata* maldecía y se *reiba* sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de *pasantes*. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña, limpiaban un puestecito al pie *diún palo* y pasaban allí la noche, oyendo cantar los *chiquirines*, oyendo zumbar los zancudos *culuazul*, enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—Tata: *brán tamágases*? . . .

—Nóijo, yo ixaminé el tronco cuando anochecía y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormíte.

—Es que currucado no me puedo dormir luego.

—Estiráte, pué . . .

—No puedo, tata, mucho yelo . . .

—A la vida con vos. Cuchuyáte contra yo, pué . . .

Y Goyo Cuestas, que en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un *tapezco;* y rodeándolo con ambos brazos lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara *añudada* de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros *clareyos* los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi arremangados en la *manga* rota, sucia y rayada como una zebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en aquellas soledades, Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres . . . Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja—como en los tiempos primitivos—tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja enmedio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar *chingastes* de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado *olisco*.

—Te digo ques folófrafo.

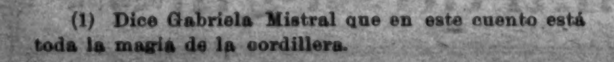
—¿Vos bis visto cómo los tocan?

—Ajú... En los bananales los ei visto... Yastuvo.

La trompa trabó. El bandolero le dió cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los *blanquillos* manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su *zipote* huían a pedazos en los picos de los *zopes;* los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas talvez para un sauce, talvez para un pino.

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada.



(1) Dice Gabriela Mistral que en este cuento está toda la magia de la cordillera.

Los cocales pararon a lo lejos sus plumas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra. Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la *prima* lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron . . . Uno de ellos se echó llorando en la *manga*. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo *barrioso*, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.

El viento

La palazón se bañaba alegre y desnuda en el viento. El sòl era mareño en la mañana azul. La basura iba y venía arrastrada por la mecida del aire. Hojas que rodaban como caracoles, polvo como espuma sucia en aquella marea.

Los charcos enmedio del camino barrioso y barrido, se secaban, se secaban dejando prieta la tierra y blandita como para meter el pie. Un *ruidal* de ramadas llenaba la costa entera, *dende* aquí *quera* verdeante hasta allá *lejos—lejos quera azul*.

También la yeguas sintieron *dentrar* el viento en su alegrón y se echaron a correr por el llano. A la par de las yeguas de viento, iban las yeguas de sangre, atropellándose unas con otras, soplando las narices valientes, la crín al cielo y el casco al suelo: ¡patacán, patacán, patacán! . . . Dejaban *jumazón* en la *fueya* como si quemaran su *libertá*. Paraban su *desboco*, cuando ya no sentían el suelo, por miedo al vuelo desconocido. El heroísmo es un exceso de vida que puede a veces producir la muerte.

A ratos el *norte* ponía mujeres de polvo bailando vertiginosas por las veredas; bailando en puntas y cogiendo al paso mantos de nube para enrollarse girámbulas.

Venía el *chuchito* perdido, arrastrando una larga pita por el camino. Era negro, lagartijo, encogido y despavorido. Echaba las orejas para atras, la cola entre las patas, un viejo amarillo de espanto le rodeaba los ojos polvosos. En aquella anchísima soledad, ensordecida por el viento, era como un dolor extraviado. La fuerza del oleaje le hacía tambalearse. Se paraba y ponía vanos empeños por amarrar el cabo del olfato. Volvía tímido la cabeza para mirar cuán solo estaba. Entonces su grito lastimero hacía un rasguño en el viento. Volvía atrás con igual premura, mirando al andar hacia el cielo, como si nadara. La pita suelta lo seguía dócil, marcando un surco en el polvo por un instante. Era como un amor náufrago. Buscaba al amo perdido en el ventarrón. A lo lejos, como un punto negro en la explanada, iba nadando hacia lo incierto. Aquella cosa tan misera bajo el furor del cielo, era un dolor grandioso.

Entre madejas de polvo y cáscaras doradas, apoyado al *tanteyo* en el palo y al *tanteyo* la mano en el cielo, el viejo ciego topó a una alambrada y llamó ya sin esperanza:

—¡*Mirto, Mirto!* . . .

La botija

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—¡Hijo, abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere, máma?

—¡Qués nicesario que tioficiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén! . . .

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró *Ulogio* Isho con un *cuenterete*. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!—llegó diciendo. Se carcajeaba;—meramente el *tuerto Cande!* . . .

Y lo dejó, para que jugaran los *zipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obra denántes, de los agüelos no nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ñó Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una *escupida* grande como un *caite*, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vos vas arando y ¡plosh!, derrepente pegás en la *huaca*, y ya estuvo; tiahacés de plata.

—¡¡¡Achís, en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió el puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. Enseguiditas contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales, "él bia presenciado con esos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió "majonchos" robados, y se decidió a buscar botijas. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta—y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbollos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. "Pa que nacieran perezas"; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba, él buscaba las botijas llenas de bambas doradas, que hacen "¡plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el Sol comienza a *ispirar* detrás de lo del *ductor Martínez*, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición, más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros; donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *guás* ronco y lúgubre, pa-

rado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la botija como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, *por si caso.*

Ninguno de los colonos se sentía con hígados suficientes para llevar a cabo una labor como la de José. "Es el hombre de fierro", decían; "ende que le entró *asaber qué*, se propuso hacer *pisto*. Ya tendrá una buena huaca" . . .

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía una "huaca". Lo que él buscaba sin desmayo era una botija, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, los mandaba descansar y se quedaba arando por ellos, y lo hacía bien; los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados y projundos,* que daban gusto.

Pasaron los años y la botija no aparecía.

—¡Onde te metés, babosada!—pensaba el indio sin darse por vencido: —Y téi de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos!—

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dió cuenta de que ya no había botijas. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, *volviendo a ver al indio embruecado, y resollando el viento escuro.*

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. *Dende que bía finado la Petrona, vivía íngrimo en su rancho.* Una noche, haciendo *juerza de tripas*, salió sigiloso llevando, en un cántaro viejo, su *huaca*. Se agachaba detrás de los *matochos* cuando *óiba ruidos*, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quedaba a ratos rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—¡¡Vaya, pá que no se diga que ya nuai botijas en las aradas!! . . .

Salarrué

San Salvador. El Salvador.

La golosina y el cielo...

(Viene de la página 232)

menudo, de los detalles que fascina, de viñetas que provocan la voluptuosa caricia de los ojos, en medio de cualquier folio abrumador poco menos que indescifrable.

Ese poeta soslaya, como otros muchos el texto "monumental", pero hace de él una encantadora edición de bolsillo . . . Prefiere ante todo saludar directamente a las cosas, no a sus reflejos retóricos; por eso, esta poesía—como toda la auténtica—es un intento de regreso a la infancia del mundo. Es la que pone nombres nuevos a las cosas.

Véanse los Microgramas: *la nuez es llamada "sabiduría comprimida". O "diminuta tortuga vegetal". O "cerebro de duende, paralizado por la eternidad". El caracol es la "mínima cinta métrica con que mide el campo Dios" . . .*

A otros muchos animalejos les señala nombres que asustarían a un zoólogo, pero complacerían a Jules Renard. Toda la tierra es para Carrera Andrade un mapa de juguete. O un peón que gira rítmicamente con la vehemencia prestada por el mejor zumbel poético. Zumbel de oro y de seda, travieso y delicado. Porque el verso se somete dócilmente a la voluntad del poeta que prefiere ritmos sencillos, goznes suavizados. Precisamente por acusar una robusta personalidad poética, para nada procura hacer visible su auténtico vigor.

"Carrera Andrade—escribe Gabriela Mistral en el prólogo del libro,—un mozo indio, pero a lo indio magnífico, no aplastado por el gran cielo ni por la agachadura para coger la tortuga, un hombrazo de dos metros, que lleva su piel socarrada con cierta bella petulancia de quien muestra comercio solar y hábito de intemperie entre los pectorales y en la mano de escribir". Aliento de coloso, ingenuidad de niño. Mundo interior granado de preciosa imaginería, que sólo puede ser resultado de largas—y retozonas—contemplaciones. A veces concibe el poema como un tema plástico que no acaba de pintar por dejar escuetos los perfiles. Para gozarlo en geometría.

IV.—*Pero nos duele un poco ver resuelto en miniaturas poéticas lo que podía constituir un gran cuadro, ese gran cuadro que todos se empeñan hoy en desdeñar.*

Los poetas de habla española no se deciden a contemplar el mundo en grandes masas. Está bien. Pero no lo está el renunciar a la gran construcción—a Las Soledades, *por ejemplo, o al* Martín Fierro.—*La poesía española contemporánea se nos está dispersando en una preciosa juguetería; es un bazar de pequeñas maravillas—cuando lo son—acaso insuficiente para justificar una etapa literaria.*

Creemos que Jorge Carrera Andrade, con pocos más de aquí y allá, ha de salvarse del naufragio. Se apoya en las cosas en vez de apoyarse en la irradiación erudita de las cosas: así pueden sus poemas resistir toda la marea de banalidad, permanecer duros—como bloques—en espera de una más voluminosa arquitectura. Su clara percepción de la realidad circundante ha de completarse con un sentido "arquitectural" del arte que hará más valiosa cada piedra al incrustarla en su muesca oportuna.

Benjamín Jarnés

Port-Royal...

(Viene de la página 231)

tocado. Felizmente la oportunidad y el buen ánimo para leerlo se me juntaron, y me siento enriquecido en una migaja de saber que bien vale la pena de adquirir. Es de esos libros de los que razonablemente podemos decir que edifican. Se siente uno mejorado por haber vivido un rato con "Messieurs de Port-Royal". Los mejores entre ellos, no estaban, de seguro, lejos del Reino de los Cielos.

"No era el suyo, hay que decirlo, el cristianismo de esta primera época a cuyas postrimerías asistimos en Alejandría; en su compañía estamos entre teólogos, y la sombra del dogma ha empañado los divinos colores de la mañanita; pero, en su medio, va y vuelve, viene y va, un aire de tal frescor que bien se ve que no ha soplado sobre el mundo ordinario de los hombres, pues no acarrea átomo ninguno de mortalidad.

"Concebid una galería de respetables y patéticos retratos. Monsieur de Saint-Cyran, el del alma bien grande, con su visión de Cristo restaurado; Monsieur Le Maitre, quien, de la cima de una brillante carrera mundana, bajó, lejos del mundo, para consagrarse a la meditación y a la penitencia; Pascal, con su genio intelectual y con sus triunfos, con sus conflictos espirituales y su martirio de la carne; Lancelot, el bueno de Lancelot, maestro de escuela ideal, que escribía gramáticas y editaba a los clásicos; el vigoroso Arnauld. doctoral más bien que santo, pero sufridísimo por la fe que había en él; y los nombres pequeños—Walon de Beaupuis, Nicole, Hamon—espíritus de exquisitas humildad y dulzura. De la página en que se lee acerca de ellos brota una fragancia.

"A quien más amo de todos es a Monsieur de Tillemont. Envidiaría para mí la vida suya, envuelta en silencio y reposo, vida de tiernas devociones y de celoso estudio. Desde la edad de catorce años, su intelecto se había ocupado de sólo una cosa, la historia eclesiástica. Levantábase a las cuatro de la mañana, leía y escribía hasta

las nueve y media de la noche, e interrumpían su trabajo sólo los oficios de la Iglesia, a sus horas, y un descanso que para respirar se daba al mediodía.

"Poco se ausentaba. Cuando tenía que viajar, lo hacía a pie, báculo en mano, y aliviaba el cansancio del camino cantándose salmo y cántico. Este hombre de profundísima erudición tenía el corazón más puro y más sencillo que jamás residiera en cuerpo humano. Le gustaba detenerse en su camino y conversar con niños; sabía cómo retenerles la atención mientras les enseñaba. Al encontrarse con un mocillo que conducía a una vaca, le preguntaba: *¿Cómo tú, tan pequeño, puedes dominar a ese animal tan grande y fuerte?* Y le enseñaba la razón, hablándole del alma humana.

"Todo esto de Tillemont me es absolutamente nuevo. Su nombre lo conocía bien, desde que lo hallé primero en las páginas de Gibbon, pero siempre creí que no había sido más que un exacto recogedor y ordenador de material histórico. ¡Qué admirable su obra! Pero más admirable todavía el espíritu en que hizo su obra. Estudiaba Tillemont por sólo amor al estudio, y sin más propósito que serle fiel a la verdad. Para él era cosa de la mayor indiferencia si su saber le daría fama entre los hombres, o no; y no hubo momento de su vida en el que no estuviese dispuesto a permitir que recogiese, quienquiera que lo pudiese emplear, el fruto de su labor.

"Pensemos en qué mundo vivían los jansenistos, el mundo de la Fronde, de Richelieu y Mazarin, de su refulgente majestad Luis XIV. Contrastemos Por-Royal con Versailles, y—sea cual fuere el juicio que nos merezcan sus fines religiosos y eclesiásticos,—nos veremos obligados a decir que estos hombres de Port-Royal vivieron dignamente. El Gran Monarca mismo, resulta, por comparación, una pobre y sórdida criatura. ¡Recordemos cómo se le negó a Moliére sepultura!: la desdeñosa indiferencia del rey respecto de quien ya no podía hacer más para divertirle, nos dará vara verdadera para medir su grandeza real.

"Frente al mínimo, al más humilde, de estos hombres graves y piadosos que pueblan el libro de Sainte-Beuve, ¡qué ínfimas y faltas de limpieza se ven todas aquellas otras figuras cortesanas! No había aquí, en las cámaras y recámaras y salones de palacio, ni en los suntuosos jardines, dignidad, sino en los pobres cuartos donde los solitarios de Port-Royal oraban, y estudiaban, y enseñaban. Sea, o no lo sea, su ideal de vida, el ideal para toda la humanidad, vivieron esos santos de manera elevada como conviene que viva todo hombre. ¿Y qué hay más raro, más escaso, que una vida a la cual poder hacerle con justicia ese elogio?"

—George, my dear,—le dije yo al viejillo—¿qué dices de irnos a Port-Royal?

Plotino había oído el discurso de mi amigo con atención inmensa. Ojalá que nos quiera acompañar en un viaje, una excursión, de solitos los tres.

Persiles

Heredia. Octubre de 1931.

Canales interocéanicos...

(Viene de la página 232)

Artículos II y IX del Tratado de Paz y Amistad.

La ratificación del Senado de Nicaragua debió hacerse después de perfeccionado el Tratado, o sea después del voto decisivo de Costa Rica, El Salvador y Honduras. La opinión de estos países no fue consultada y hay que anotar el hecho curioso de que en los mismos días en que Costa Rica presentaba su demanda ante la Corte de Justicia Centromericana, el Congreso nicaragüense ratificaba el Convenio, como actuando bajo la influencia de una fuerza mayor. No nos sorprende en verdad esta actitud de los políticos criollos, acostumbrados a la supremacía del yanqui desde aquella época nefanda en que fue elegido Presidente de la República de Nicaragua el filibustero norteamericano Walker. De labios de un alto funcionario nicaragüense de hoy hemos oído el elogio del Tratado Bryan-Chamorro, que traería para su país, arrasado y apupérrimo, los ríos de dólares de las empresas norteamericanas, ya por la ocupación de los jornaleros indígenas, ya por la multiplicación del comercio internacional. También vemos nosotros en el Canal una forma de elevación de la economía centroamericana; pero nos parece que este bienestar resulta demasiado caro al precio de la libertad.

Fuera de su aspecto jurídico, hay uno como hálito de inmoralidad que se escapa del ominoso documento. El Tratado comienza con estas palabras: "El Gobierno de Nicaragua y el Gobierno de Estados Unidos estando animados del deseo de fortalecer su antigua y cordial amistad" . . . La vigilancia y el control que ejerce la gran potencia saxoamericana sobre el pequeño país desde 1909, nos habla bien claro de la clase de *amistad* a que se refiere el Convenio. En el año citado, los Estados Unidos presentaron como reclamación por daños a ciudadanos norteamericanos once millones de dólares y derrocaron al Presidente Zelaya que se negó a satisfacer sus pretenciones a toda luz injustas. Es verdaderamente irrisorio que la opulenta nación haya exigido del pequeño país la entrega de once millones por supuestas pérdidas, mientras le ha parecido en razón abonar solamente, por los derechos exclusivos y propietarios de obra de tal magnitud como es el Canal, la ruin cantidad de tres millones de pesos oro. Salta a la vista que la dirección de toda esta política la tiene Wall Street, moderno paraíso de la usura.

Imperialismo bélico.—El tratado Bryan Chamorro presenta una serie de consecuencias mediatas e inmediatas: de estas últimas es el control estratégico y militar, por parte de los Estados Unidos, de toda la América del Centro. No es otra cosa la base naval en el Golfo de Fonseca. Aunque no se llegaran a convenir los detalles de los términos en que debe construirse el Canal, y los Estados Unidos renunciaran a su proyecto de ejecución de dicha obra, no por eso abandonaría las Islas del Maíz y la base naval en el Golfo, que el Tratado les concede sin ninguna obligación de su parte. En efecto, el Artículo II estipula el arriendo de las islas y el establecimiento de la base naval "para facilitar la protección del Canal de Panamá" y para poner a los Estados Unidos en condiciones de abrir el nuevo Canal interoceánico "*cuando quiera que juzguen la construcción de dicho Canal conducente a los intereses de ambos países*".

El Tratado Bryan-Chamorro se refiere pues, de una manera especial a las Islas del Maíz y a la base naval en el Golfo de Fonseca, a cuya soberanía renuncia Nicaragua en beneficio de los Estados Unidos. El pretexto de esta venta del territorio nicaragüense es la "posible construcción de un Canal en el futuro". Venta decimos, ya que el Gobierno recibe a cambio de las tierras concedidas la suma de tres millones de pesos oro, pagaderos en la fecha del canje de ratificación del Convenio.

Esta enajenación del territorio nacional que ha hecho Nicaragua, amenaza evidentemente a la paz de América. Desde el Golfo de Fonseca la zona de influencia norteamericana es más extensa. El peligro es mayor para los pequeños países que han escapado hasta hoy, como por milagro, a la presión de la zarpa. Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Panamá, se puede decir que hablan ya en inglés. Maracaibo en Venezuela y la provincia del Oroya en el Perú balbucean ya igualmente en el idioma de Walt-Withman. En el Ecuador se insinúa ya el peligro yanqui con la candidatura para la Presidencia de la República, en el período constitucional que se avecina, de un servidor de los Estados Unidos, que ha hecho méritos ante sus ojos desde Panamá. En Colombia los norteamericanos protestantes no han penetrado mayormente por la resistencia del catolicismo; pero ya empezarán a tentar con sus monopolios y sus empréstitos al liberalismo dominante. El respaldo de toda esta acción está en los cruceros y demás naves de guerra. Los Estados Unidos van colocando su bandera cada día más adelante hacia el Sur. Ayer fueron las Islas del Maíz, hoy las Islas Mangles, ¿mañana el Archipiélago de Galápagos? . . .

La vuelta al derecho.—Múltiples soluciones se han propuesto en lo que se refiere a los conflictos originados por el Tratado que nos ocupa, entre los Estados Unidos y las naciones que tienen derecho de condominio en el Golfo de Fonseca. Se ha sugerido el pago de una cantidad a Costa Rica, El Salvador y Honduras. Se ha pen-

sado también en un Convenio entre estas Repúblicas y la Unión para completar el Tratado Bryan-Chamorro. Mas como este Convenio sería, a no dudarlo, a base de una indemnización, se vuelve nuevamente al plano de la primera sugerencia.

No nos merece simpatía el cambio de derechos con dólares. Ese dinero no haría sino beneficiar transitoriamente a dos o tres países, manteniendo en pie el problema para el resto de América. El acuerdo de los Estados Unidos con Costa Rica, El Salvador y Honduras daría además fuerza de hecho y de derecho al Tratado Bryan-Chamorro, cuya nulidad es palpable. Las demandas de Costa Rica y El Salvador ante la Corte de Justicia Centroamericana están ya falladas a su favor, y todo arreglo posterior tiene que ser con exclusión del Tratado.

La solución única y verdadera es la invocada por ese grande y alto Tribunal que es la Corte de Justicia Centroamericana, en su fallo de 1917 referente al juicio promovido por El Salvador: "Que el Gobierno de Nicaragua *está obligado*, valiéndose de los medios posibles aconsejados por el Derecho Internacional, a restablecer y mantener el estado de derecho que existía antes del Tratado Bryan-Chamorro entre las Repúblicas litigantes" . . . En las manos de Nicaragua está el porvenir de América. Los políticos nicaragüenses, sin embargo, están ciegos y no ven la luz reveladora. Sólo un hombrecito con las piernas en arco, de tanto montar a caballo como Bolívar, ha comprendido su misión. Sigue bravamente con la cabeza metida en el autóctono sombrero del país y con las manos ocupadas en limpiar su tierra—la tierra del cartujo Darío y del Presbítero Pallais—de esas huellas de tabaco de señorita que deja la marinería extranjera.

El desconocimiento del Tratado Bryan-Chamorro por todo el pueblo de Nicaragua serviría por lo menos para promover un movimiento de opinión en los Estados Unidos, dando así margen a la posibilidad de un nuevo Tratado, más equitativo y beneficioso, elaborado en un ambiente de mayor libertad.

Un nuevo Tratado.—Las naciones de la América Central están articuladas entre sí geográfica y étnicamente y no les es dado proceder de manera islada en la solución de sus grandes problemas. Desde el comienzo de su existencia civilizada, han formado una comunidad política de estructuración más o menos uniforme. Primero fueron las Provincias Unidas de Centroamérica, en los albores de la cultura republicana en el nuevo Continente. Luego surgió la Confederación, desordenada y caótica, para culminar en la República Mayor de Centroamérica, destruida por la ambición ciega de los caudillos.

Los antecedentes históricos de los países centroamericanos son la unión, el federalismo. Cuando cualquiera de esos países trata de transgredir esta ley geográfica, histórica, étnica y económica, el resto del organismo federal sufre y se desgarra. Este es el caso del Tratado del Canal de Nicaragua. Centroamérica vive por su causa una anormalidad peligrosa, y no debe perdonar medio alguno para volver a su estado de salud.

Debe tenderse a la anulación del Tratado Bryan-Chamorro por un nuevo Tratado, en el que no se deje sola y aislada a Nicaragua. Cualquier Tratado entre Nicaragua solamente, por una parte, y por otra los Estados Unidos, resultaría más o menos en las mismas o parecidas condiciones que el documento que venimos comentando. Las naciones de Centroamérica, sin exclusión de ninguna, deben acordar previamente un Convenio en que se declare que tienen igual opción a intervenir en un Tratado referente a venta o arriendo de territorio de cualquiera de ellas y construcción de canales interoceánicos, bases navales u otras obras de trascendencia internacional.

Con un convenio semejante se podría abordar entonces la cuestión del Tratado. Hay el obstáculo de que nadie querría pactar con varios países a la vez. Pero queda la posibilidad de constituir un organismo supranacional, encargado de representar a los Estados de Centroamérica. En último caso, hay un remedio heroico: la vuelta a la Confederación que dejaría insubsistente, por inactual, el Tratado Bryan-Chamorro. La nueva entidad política entraría a pactar con los Estados Unidos, o con cualquiera otra potencia extranjera, para la construcción del Canal interoceánico. Todo por la salvación del Canal de Nicaragua, o en su más amplio sentido, por el porvenir de América.

En la posibilidad de llegarse a un nuevo Tratado, creemos que debería separarse en él la cuestión económica de la cuestión política. La entidad que realice la construcción del Canal de Nicaragua debe ser considerada solamente como una empresa industrial y no podrá exigir la soberanía política. Se la puede acordar un ancho margen de ganancias, sin hacer renuncia de la libertad. No faltaría tal vez ofertas de empresas internacionales para la construcción de la nueva vía interoceánica. Grandes potencias como Inglaterra y la Unión Soviética están asimismo en condiciones de realizar la obra.

El Canal de Nicaragua para el mundo.—Si quisiéramos un Canal de navegación libre y gratuita, no encontraríamos seguramente quien lo construya. Sin embargo, esta gratuidad puede lograrse al cabo de un plazo más o menos largo. El cobro de derechos de tránsito debe acordarse solamente por cierto lapso de tiempo —hasta que se pueda resarcir la Empresa constructora,—transcurrido el cual quedará abierto libremente el Canal al tráfico de los barcos de todos los países del mundo. Es justo que los navíos mercantes, cargados casi siempre de considerables riquezas, paguen un impuesto al pasar de un lado al otro del océano; pero creemos de justicia eximirles desde un principio a los barcos cargados de pasajeros o sea de "hombres que ejercitan su derecho a viajar". Debe ser libre y respetado el anhelo que el hombre tiene de moverse sobre el planeta.

Los Estados centroamericanos, en unión de la Empresa constructora—nación o sociedad particular—deberán tener el control económico del Canal para percibir sus beneficios en el tiempo de su explotación. En cuanto al régimen político que debe de existir en la Zona del Canal, nos parece que debe ser el mismo del país en que está situada la obra; pero bajo el amparo y la supervigilancia de la Sociedad de las Naciones. Esta entidad internacional podría reglamentar la navegación de la nueva vía interoceánica, prohibiendo el tránsito a los barcos de guerra.

La legislación dictada por la Sociedad de las Naciones en materia obrera serviría igualmente para determinar las normas y condiciones a que deberán sujetarse los trabajadores en la construcción del Canal y mantenimiento del mismo. De esta manera, todas las conquistas de la Legislación de Ginebra podrían ser llevadas a la práctica en la zona del Canal de Nicaragua.

Jorge Carrera Andrade

Barcelona. Julio de 1931.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica